

Benoît Pellistrandi

EL LABERINTO CATALÁN

Arqueología de un conflicto superable

Traducción de Ignacio Merino



ARZALIA
ediciones

Índice

Prólogo para españoles	13
Introducción	29
1. Génesis de una crisis	41
Cataluña en la Constitución democrática	42
Desarrollo de una práctica política democrática	50
Una crisis devastadora	61
Construcción de la confrontación	68
Escalada en los extremos	77
2. Genealogía del nacionalismo catalán	93
Origen liberal y romántico de los nacionalismos	96
Un nacionalismo mutilado	113
Cataluña como metáfora de una España distinta	123
Del nacionalismo defensivo al nacionalismo de ataque	147
3. Del nacionalismo al independentismo:	
lo que la crisis catalana explica sobre España	157
Catalanismo y democracia	160
El nacionalismo catalán como garante democrático	169
¿Deslealtad nacionalista?	174
Lo que la crisis catalana explica de España	180
Conclusión	191
ANEXO I. El sistema de partidos en Cataluña y en España	199
ANEXO II. Mayorías nacionales y mayorías en Cataluña	205
ANEXO III. Cataluña electoral en el conjunto de España	209

Prólogo para españoles

¿Me perdonará el lector que me atreva a copiar al maestro Ortega y Gasset añadiendo al texto inicial de mi libro *Le labyrinthe catalan* un «Prólogo para españoles»? No se trata de una pedantería, sino más bien de un modesto homenaje a la cultura española a la cual debo tanto. Aunque este libro haya sido pensado y escrito para un público francés, toda la materia la he sacado del estudio atento y minucioso no solo de la política española contemporánea, sino también de la prensa y de los libros de los historiadores españoles.

Mi trabajo estaba destinado a sintetizar elementos y datos para intentar explicar la crisis catalana que sorprendió a los franceses por su intensidad y que, rápidamente —todo hay que decirlo—, cansó. Hoy en día, existe un evidente desinterés frente a lo que ya se ha convertido en algo anecdótico. Pero todos los que hemos trabajado el tema sabemos que no es el caso. La crisis catalana es un verdadero desafío a lo que representa po-

lítica, institucional, jurídica, cultural y emocionalmente España.

Existe una verdadera paradoja: la opinión pública española, si nos creemos las encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) —y no hay por qué no tomarlas en cuenta—, no ha hecho de Cataluña el problema más grave que debe afrontar el país, salvo en el momento más álgido de la crisis, en el otoño de 2017. Sorprende la rapidez del desinterés masivo por parte de los españoles residentes fuera de esta comunidad, donde, sin embargo, la situación es algo distinta y se percibe claramente la tensión en la que allí están sumergidos los ciudadanos no catalanes. Llama la atención el hecho de que la crisis más grave que está atravesando el país desde la Guerra Civil esté tan mal valorada o apreciada por los propios españoles.

Para los historiadores, los hechos son nuestra materia prima. Este último hecho nos indica una primera hipótesis. La crisis catalana es gravísima. Pero se trata de una crisis política. Es decir, que, a pesar de todo, es superable. De ahí que hayamos subtítuloado este ensayo: *Arqueología de un conflicto superable*.

Los españoles y los catalanes lo han sentido. (Me resisto a oponerlos: no existe razón jurídica para hacerlo. Solo existen ciudadanos españoles, los unos residentes en Cataluña, los otros en el resto del territorio español. Si entramos en una distinción entre catalanes y españoles existe el riesgo de caer en una tentación etnicista: serán catalanes los que han nacido en Cataluña de padres catalanes. Ahí está la comedia *Ocho apellidos catalanes* para recordárnoslo con humor). Unos y otros saben que es una

crisis fabricada y deseada, y de ahí que tenga un carácter artificial. Artificial pero verdadero. No se trata aquí de infravalorar los hechos políticos. La crisis es grave, pero no obedece a una fatalidad histórica. Las tensiones entre Cataluña y el resto de España son reales, existen y se manifiestan en ocasiones contadas en la historia. Forman parte de la realidad histórica del país. Ni son nuevas, ni son un lastre con el cual la nación española tendría que cargar como una maldición.

El libro parte de esta premisa. Por eso, en un primer capítulo intento analizar la génesis de la crisis explicando la trayectoria de la democracia española desde la Transición hasta hoy. Todos sabemos que el pacto fundamental de la Transición fue la democratización y que este concepto estuvo amarrado al ideal de descentralización. De ahí la importancia cardinal de la creación del Estado autonómico español. El modelo funcionó. Y, aunque suene a tópico propagandista, es verdad —todos los historiadores (y no solo nosotros) lo sabemos— que a partir de ahí España ha gozado de uno de sus mejores periodos históricos. A los escépticos que me pidan una definición de lo que es «un buen periodo histórico», les contestaré que se manifiesta por un progreso político hacia una sociedad de libertades aseguradas, por un progreso material avalado por un bienestar creciente, por una proyección internacional y una reputación nacional mejoradas, por la superación de dificultades anteriores. Pues bien, entre 1975 y hoy, España se ha convertido en una potencia amable, con una imagen exterior muy positiva, que se ha dotado de un estado de bienestar equiparable con los de su entorno europeo y que goza de instituciones políticas de-

mocráticas. No se trata de dibujar un cuadro idealizado: ahí están los recuerdos del terrorismo de ETA y los golpes infligidos a la sociedad española; ahí están los vaivenes de la coyuntura económica y huelga decir que la Gran Recesión iniciada en 2008 ha golpeado hasta los cimientos de la prosperidad española; ahí están los casos de corrupción que han puesto en tela de juicio hasta el principio democrático y la imperativa honestidad representativa; ahí están los conflictos sobre la interpretación del pasado español y los enfrentamientos entre dos (o más) Españas. Pero estas cicatrices o fracturas en la convivencia española no han destruido el logro fundamental: el principio democrático con todas sus obligaciones morales como organización de la vida en común de los españoles, que hoy asumen un sólido compromiso con esta exigencia, capaz de marcar la cultura política (a pesar de las actuaciones partidistas y de los personalismos de los líderes).

Esta realidad es tan potente que explica también el origen de la crisis catalana. El modelo constitucional español de 1978 y su desarrollo a través de los Estatutos de autonomía han nacido de un consenso dura e inteligentemente trabado, a la vez que se ha ido asentando cada vez con más fuerza en la sociedad. La descentralización ha configurado una democracia española que funciona y que satisface mayoritariamente a los españoles. Los nacionalismos regionales han sabido detectar la amenaza que este consenso podía representar para sus propios intereses. La declaración de Barcelona de 1998, presentada y firmada por Convergència i Unió (CiU), el Partido Nacionalista Vasco (PNV) y el Bloque Nacionalista Galego (BNG), lo indicó de manera luminosa. El modelo auto-